

BOLIVAR POLITICO

Teniente Coronel (r)

ALBERTO LOZANO CLEVES

Hoy sí que tiene vigencia, en el campo de las naciones, la advertencia del latino, dirigida entonces con el enfoque individual: Ay del solo! Parodiando, podemos decir, ¡ay de la nación sola!, ¡ay del país aislado! ¡ay del Estado que se quede encerrado en su egoísmo!, ¡ay del pueblo que no se abre, generosamente, hacia las grandes áreas para ofrecer su lote de esfuerzo y recibir su parte en los resultados!

Y el milagro de la sectorización humana es mucho más sorprendente, si se tiene presente que para esa agrupación de países, no se requiere la unidad geográfica en muchas ocasiones; también cuenta la identidad histórica o cultu-



ral, como en el caso del inmenso bloque del mundo iberoamericano.

Si ello es así, cómo no aceptar que para nuestro Hemisferio, esa unidad, esa integración, es un imperativo del cual no podrá salirse, si no es a costa de su propia supervivencia como bloque homogéneo, como unidad étnica, como agrupación humana de enormes posibilidades no ya en una lontananza esfumada en los horizontes del futuro, sino como un hecho concreto, un fenómeno real, una situación definida y un hecho cumplido. Y aquí es donde entra necesariamente a actuar el pensamiento político del genio americano.

Comprendió el Libertador, aún desde antes de culminar la guerra de emancipación, que la libertad sola no podía ser una meta para los pueblos jóvenes de América. Previó que un número de Estados demasiado jóvenes, inexpertos en el manejo propio de sus asuntos, con muchas dificultades de desarrollo por razón de su aislamiento del resto del mundo, con gentes predispuestas a la lucha intestina por motivos de ambición, no podrían progresar ni lograr su madurez política, económica y administrativa, si no formaban un bloque compacto y vigoroso frente a otras naciones poderosas del mundo.

La creación de la Gran Colombia fue un hecho político de tremendas proyecciones, que se anticipó por más de un siglo y medio a novedosas concepciones de la realización de los Estados, que hoy son fundamento de la política moderna internacional. Pero aún más: Bolívar no sólo aspiró a formar una nación fuerte, poderosa, con medios suficientes para lograr su desarrollo, nación integrada por lo menos por tres de las naciones libertadas por él, sino que trazó, con extraña visión profética de genio, unos parámetros dentro de los cuales, con un denso ingrediente de unidad, podrían avanzar expeditamente las nuevas naciones de América.

Al panamericanismo, cuya semilla quedó sembrada en el Congreso Anfictiónico de Panamá, es doctrina nacida de la mente visionaria de Bolívar. Que su gestación haya durado muchos años y su cristalización en convenios, tratados, declaraciones, conferencias y documentos oficiales sólo se haya logrado siglo y medio después de su genial concepción, está demostrando que Bolívar dejó un cuerpo de doctrinas para el continente americano, capaz de darle pautas seguras a su desarrollo a lo largo de un incalculable trayecto hacia el futuro. En otras palabras, Bolívar no estaba trabajando para el momento de su acción, sino que estaba poniendo en movimiento un pensamiento, una doctrina,

una obra con proyecciones políticas de incalculable alcance. Ahí reside su genialidad.

Y esto que anotamos respecto a la influencia inagotable del pensamiento del Libertador en la vida y desarrollo del Continente, tiene desde luego, validez, y en mucha proporción, para Colombia en especial. Cabe subrayar un aspecto de tan profundo contenido como de extraordinaria belleza: las palabras de un moribundo generalmente son recibidas con un respeto, con una veneración, con un cuidado especialísimo. Y muerta la persona, esas palabras forman un testamento que no se puede desconocer. ¿Por qué? sencillamente porque el ser humano, en el momento supremo de traspasar los umbrales de la eternidad no tiene, no puede tener la más mínima propensión al engaño ni a la mentira. Ese instante, cuando el espíritu se despoja de todos los convencionalismos que tuvo que sobrellevar en sus relaciones con el resto de la humanidad, es el de la más honda sinceridad, el de la más intensa veracidad.

En el momento supremo de la despedida de Bolívar de un pueblo al que había amado con pasión, al que había servido con inmenso patriotismo, al que había entregado todo su ser, y para el que deseaba lo mejor en el futuro, él quiso dejar como testamento

definitivo el mandato de la unión entre los colombianos.

Y para sellar y ratificar ese anhelo supremo de su alma, ofreció en holocausto —y esto no es retórico sino la realidad escueta— su propia vida. Que su sepulcro fuera la piedra angular de la fábrica del entendimiento entre los colombianos fue su más vivo deseo en el momento de la eterna despedida. No pidió para los colombianos ni riqueza, ni poderío, ni fama, ni altísima cultura, ni un formidable desarrollo, sino la unión. Bien sabía él que de esta premisa dependía necesariamente todo lo demás.

Esas palabras merecen toda la credibilidad de intención, deben ser recibidas con el mayor respeto por los herederos de tan bello testamento y deben ser cumplidas con la diligencia que se cumple la última voluntad de un ser querido.

A lo largo de los años posteriores a la muerte del Libertador, desafortunadamente los hechos se encargaron de sacar cierto el sentido de su amonestación final: las guerras civiles, las luchas intestinas, el desgarramiento de los hermanos entre sí, han retardado notablemente el desarrollo de nuestro pueblo.

Bolívar fue genio insuperable en el arte militar, en las letras, en la política, en la diplomacia. Fue hombre superior por la pro-

yección universal de su obra. Su figura domina incontrastable en la escena de las pasadas, presentes y futuras vicisitudes de América por la fecundidad y vigencia de su pensamiento y de su obra.

Al genio de Bolívar se debió la consolidación de las naciones libertadas por su espada, como países soberanos y autónomos. El caudal de su potencial creador no se puede reducir a los límites de su acción guerrera y heroica, es decir a los beneficios de la libertad, que para el disfrute de los jóvenes pueblos americanos el Libertador ganó en brillantes acciones de armas, a lo largo de las cordilleras abruptas, o en la ardiente llanura. La falta de educación política en América, lo obliga a concebir, en este orden de problemas, fórmulas genuinas con profundo arraigo en las comprobaciones de tipo social. La mirada penetrante y certera de Bolívar funde y cristaliza en realización concreta las aspiraciones de libertad y autonomía que comenzaron a manifestarse en el despertar de las conciencias de los americanos.

La palabra de los emancipadores adquiere en el pensamiento de Bolívar, valor inmanente de precepto de justicia. Bolívar actuó como soldado victorioso y como cruzado de ideales y sembrador de enseñanzas. Sus arengas, sus discursos, sus cartas, sus decretos,

sus proclamas, constituyen lecciones ejemplares de sensatez política y programas de audaces reformas. Ese manantial de luces sigue siendo breviario inestimable de normas y principios y de sabias previsiones para el futuro destino de las patrias americanas.

En la historia del mundo no existe otro hombre tan genial como Bolívar, que conquistara tierras para redimir a sus pueblos y darles independencia, organización política, escuelas, bibliotecas y enseñanzas democráticas, de tal manera que pudieran gobernarse autónomamente. Bolívar funda el imperio de las leyes; siembra en el alma y en el corazón de los pueblos la noción del orden en medio de la anarquía. Respeta los derechos ajenos y afirma las convicciones republicanas, aun ejerciendo la dictadura militar.

Su pasión por la libertad y el culto a la virtud y a la democracia, hacen de Bolívar al hombre genial que los pueblos americanos lo colocan ciento cincuenta años después de su muerte, sobre el sólido pedestal del reconocimiento y la gratitud. Bolívar es el astro refulgente en el cielo de la América republicana. Se ha cumplido la profecía de Choquehuanca: "Tu gloria crecerá como crecen las sombras cuando el sol declina".

Bolívar es uno de aquellos hombres ante cuya memoria el idioma ha de quebrarse siempre en la

onomatopeya de los elementos que su genio dominó para afirmar, sobre el Sinaí de los pueblos, las tablas de la legislación de la libertad. El valor imperecedero de Bolívar no radica en el cúmulo de sus victorias militares, sino en sus concepciones civiles. Simón Bolívar, el inspirado vidente del Monte Sacro, de Casacoima y del Chimborazo, es el paladín confiado de la realización profética de un devenir sentido.

El Libertador en su mensaje al Congreso de Angostura, historizando el resultado de la legislación que la democracia estableciera en Atenas, en Esparta y en Tebas, atribuye más eficacia a los hombres que a las leyes. A veces —dice— son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: "Hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen las Repúblicas".

Simón Bolívar es caso único del genio puesto al servicio de la libertad, dándose íntegro, con su

persona y sus bienes, a la misión que le confiara el destino, entrevistado por él mismo en las nebulosidades del futuro cuando le respondió al tiempo en su Delirio del Chimborazo: "En tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino".

La vida de Bolívar, para la conciencia del hombre americano representa un legítimo ideario de normas saludables, de enseñanzas luminosas que tienen la virtud de aunar todos los esfuerzos y todas las esperanzas que pudieran nacer al influjo de una sola invocación: Bolívar y América! Ninguna otra expresión sería capaz de condensar mejor el alma americanista que todos los pueblos del Hemisferio, que hoy más que nunca, sienten el imperativo de esa necesidad, de esa consolidación tan anhelada por él en todos los instantes de su existencia terrenal.

Ojalá el alma del Libertador Simón Bolívar, quiera inspirar la esencia sublime del epílogo grandioso de su vida para que las nuevas generaciones puedan nutrirse en sus enseñanzas, en su patriotismo y en su genial personalidad.